

# LA PÉRDIDA DE GIBRALTAR

Agustín R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ  
Universidad San Pablo-CEU



E cumplen ahora trescientos años de uno de los hechos más dolorosos de nuestra Historia, especialmente porque la injusticia entonces cometida todavía se perpetúa, pese a recientes aunque a la postre malogrados intentos de eliminar de Europa el último vestigio del pasado colonial.

Por más que los hechos sean de sobra conocidos por todos creemos que no está de más insistir sobre ellos, aunque sólo sea porque es imprescindible para la reso-

lución de este contencioso el que los españoles permanezcan unidos, sin distinción de ideologías o posturas políticas.

## La Guerra de Sucesión

Fue justamente porque no existía esa unión a comienzos del siglo XVIII por lo que tuvo lugar la pérdida de Gibraltar. Como es bien sabido, muerto sin descendencia el último de los Austrias españoles, el desdichado Carlos II cedió la corona de España y sus todavía enormes posesiones a Luis XIV de Francia, hasta entonces su más acérrimo enemigo.

Pero Francia representaba entonces la modernidad y el progreso, y buscando salir del marasmo a que habían conducido a España los últimos Hausburgos, muchos españoles, olvidando las agresiones francesas, confiaron en los nuevos aires que traería un monarca francés, que al cabo sería Felipe V, nieto del rey Sol y primero de los reyes españoles de la dinastía de Borbón.

Esta opción fue mayoritaria en el reino de Castilla, mientras que en el reino de Aragón, temiendo tal vez el ya declarado centralismo galo, las simpatías se decantaron por el archiduque Carlos, heredero por entonces del Sacro Imperio y tan Habsburgo como el monarca recién fallecido.

La virtual unión de la prepotente Francia del momento con una España todavía riquísima en territorios y potencialidades hizo entrar en liza a una Europa temerosa de tal hegemonía borbónica, uniéndose contra ella Austria, Inglaterra, Holanda, Portugal y varias otras potencias.

Así que se sobreimpusieron una guerra civil en España y otra europea, mientras nuestras costas y territorios eran invadidos por ejércitos extranjeros.

Al final, y mientras los reputados ejércitos de Luis XIV mordieron repetidamente el polvo ante los aliados, especialmente los mandados por el gran Malborough, lo que nos terminó costando Flandes y las posesiones italianas, la tenacidad castellana terminó por imponer a Felipe V en su trono español.

Pero mucho antes de que se decidiera la contienda se produjo el hecho que ahora rememoramos.

## La campaña de Gibraltar

A fines de 1703 se preparó en Inglaterra una gran expedición contra las costas españolas, que incluía lo mejor de las escuadras inglesa y holandesa, al mando del almirante Rooke y unos catorce mil soldados de fuerza de desembarco. En ella iba el pretendiente al trono español, el archiduque Carlos.

Tras sufrir un duro temporal que costó un navío y otro de los de transporte, la expedición recaló en Lisboa en marzo de 1704. De allí salieron hacia las costas españolas, escapándoseles la flota americana que mandaba Garrote y que fondeó en Cádiz sin novedad. Otra cosa fueron dos navíos recién construidos en Pasajes, acompañados de una fragata y un transporte, todos al mando de Diego Asensio de Vicuña, que se vieron sorprendidos por la fuerza enormemente superior y con los dos navíos parcialmente desarbolados por los temporales.

Pese a ello, y pese a ser atacados por seis enemigos, se defendieron denodadamente por siete horas, hasta que tuvieron que sucumbir al número. Uno de los navíos se hundió al poco, tal era su estado, quedando en poder del enemigo los otros tres buques.

Tras aquel éxito fácilón, la expedición se dividió, yendo la parte menor, al mando del almirante Byng, a bloquear Cádiz, mientras Rooke se dirigió a Barcelona, todavía no resuelta por la causa del archiduque. Así, ni los desembarcos intentados ni el bombardeo dieron resultado, dejando aquellas aguas el 2 de junio, volviendo a Portugal donde se le reunieron nuevos refuerzos en buques y hombres, temiendo la llegada de la gran escuadra francesa.

Ya empezaban a sonar las críticas contra Rooke, que apenas había logrado nada con su enorme fuerza en la ya larga campaña y que se negaba a acatar las órdenes que se le hacían de atacar Cádiz, cuando el archiduque Carlos le propuso atacar y tomar Gibraltar, plaza tan importante como descuidada entonces y falta de elementos de defensa.

Decidido el ataque, la escuadra zarpó de Tetuán el 1 de agosto con 45 navíos de línea, seis fragatas, dos bombardas, siete brulotes o buques incendiarios, dos hospitales y un yate.

Enfrente había sólo unas débiles y anticuadas fortificaciones, defendidas sólo por 56 soldados veteranos y 150 más de milicias, aparte del apoyo que

prestaría el vecindario en una situación semejante. Era el gobernador de la plaza Diego de Salinas, que se negó a aceptar los derechos de Carlos como rey de España y se preparó a la defensa.

Los aliados desembarcaron un crecido cuerpo de tropas en la desembocadura del Guadarrán, aislando así por tierra Gibraltar e impidiendo posibles auxilios de otros lugares cercanos. La plaza empezó a ser bombardeada por mar, aunque a larga distancia.

El día 4 comenzó el bombardeo decisivo, que duró siete horas y en el que se lanzaron más de 15.000 balas, aparte de las bombas lanzadas por las bombardas, arruinando las fortificaciones, desmontando las pocas piezas que las artillaban y abriendo brecha para el asalto.

El asalto no tardó en llegar, tanto por mar como por tierra, y pese a la heroica defensa de la guarnición, que hicieron estallar una mina en el Muelle Nuevo que se llevó por delante siete lanchas con más de 100 enemigos, la lucha no podía tener otro resultado que la victoria de los invasores.

Se ofreció una honrosa capitulación, saliendo los supervivientes de la guarnición, con todos los honores al cabo de tres días, con armas, bagajes y víveres, caballos y tres cañones de bronce con doce cargas. Los atacantes habían perdido en total 61 muertos y 260 heridos, ¡un total superior a la fuerza defensora!

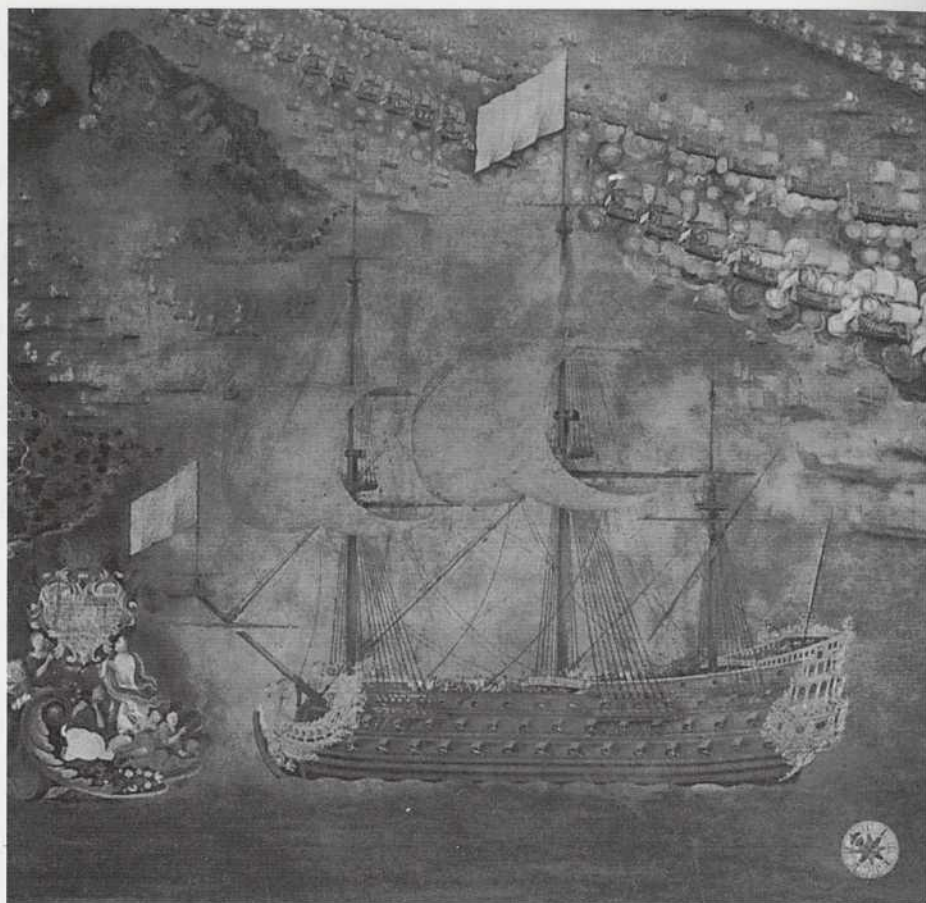
Así pudo enarbolar su pabellón el supuesto Carlos III de España en la primera ciudad que conquistaba. Poco gratificante debió de serle el hecho, por cuanto la población española abandonó en masa Gibraltar y se trasladó al continente, fundando San Roque, no queriendo vivir bajo su soberanía.

Claro que ahí está la cuestión de todo el asunto posterior: ¿Gibraltar se tomó para el futuro rey de España o para Inglaterra? Los aliados habían firmado el año anterior un tratado en Lisboa por el que renunciaban a tomar para sí cualquier punto de la geografía española, lo que iría en detrimento del pretendiente de conservar íntegras sus futuras posesiones, pero ya sabemos lo que ocurrió: los ingleses se vieron dueños de un importantísimo enclave a muy bajo coste y decidieron que no iban a perderlo por cuestiones tan nimias como compromisos previos, tratados internacionales o derecho en general.

## Los contraataques fallidos

Urgía recuperar la plaza antes de que sus conquistadores se asentaran en ella, construyendo nuevas fortificaciones y dotándola de una guarnición que la hiciera inconquistable o poco menos para los reducidos medios técnicos de la época.

Lamentablemente, el estado de la Armada española, aún fragmentada en varias agrupaciones o «armadas», era poco halagueño, pues se reducía a un puñado de navíos, fragatas y galeras, muchos de los cuales no eran operativos



Ataque angloholandés a Gibraltar y combate de Vélez-Málaga (4 y 24 de agosto de 1704).  
Anónimo español siglo XVIII. (Museo Naval. Madrid).

por falta de mantenimiento, estando dispersos el resto por las inmensas aguas que debían defender de tantos enemigos.

Apénas había dado tiempo en el todavía reciente y convulso reinado de Felipe V a hacer nuevos encargos de buques, por lo que el joven monarca se dirigió a su abuelo Luis XIV, pretendiendo que le vendiera algunos buques con los que recomponer, aunque fuera en grado limitado, las fuerzas marítimas que sus posesiones precisaban para la defensa. Pero el orgulloso monarca francés contestó que los buques servirían mejor en manos francesas que españolas, y se negó a tal transacción. No tardó el tiempo en demostrar que en manos de los franceses aquellos navíos no consiguieron nada.

La gran escuadra francesa que hemos mencionado zarpó de Tolón al mando del conde de Tolosa, hijo del rey Sol, y se componía de nada menos que de 51 navíos, seis fragatas, ocho brulotes y doce galeras, más otras doce galeras españolas que pudimos aportar como único refuerzo. Sumaba la fuerza nada menos que 3.577 cañones y 24.277 hombres y, tras zarpar de Málaga, donde se había reunido con las galeras españolas, embocó hacia Gibraltar, avistando al poco a la escuadra enemiga el 24 de agosto, cuando apenas se había adentrado en la mar unas pocas millas.

La enemiga angloholandesa contaba 53 navíos e igual número de menores, exceptuando las galeras, reuniendo 3.614 cañones y 22.543 hombres, al mando de Rooke, que, situado a barlovento, no tardó en lanzarse al ataque.

El combate entre las dos líneas paralelas, como imponía la táctica de la época, fue largo y duro, prolongándose desde las diez de la mañana hasta la caída del sol. Cada bando perdió, entre muertos y heridos, unos tres mil hombres y muchos navíos quedaron desaparejados y averiados, pero el resultado fue indeciso.

Al día siguiente se avistaron las dos flotas enemigas, pero no volvieron a combatir por el agotamiento de todos. Sin embargo, conviene recordar que los aliados angloholandeses habían tenido un enorme consumo de municiones en la toma de Gibraltar y tras el largo combate estaban verdaderamente escasos de ellas. Si los franceses hubieran atacado de nuevo, muchos de los navíos contrarios hubieran tenido para poco más de una hora de fuego, con lo que la victoria gala hubiera sido completa, y tras ella, asunto casi de trámite, la reconquista de Gibraltar.

Pero ambas escuadras se separaron sin combatir de nuevo, la del conde de Tolosa a Alicante y de allí a Francia, de donde no volvió, y la de Rooke a Gibraltar, donde dejó cañones, municiones y hombres para asegurar la plaza, y volvió a Inglaterra, donde su conducta fue tan severamente juzgada que se le quitó el mando y no volvió nunca al servicio activo.

Ambos bandos se atribuyeron oficialmente la victoria en aquel combate indeciso, pero lo cierto es que Gibraltar siguió en manos inglesas y convenientemente reforzado.



Toma de Gibraltar por la Marina inglesa en un grabado de 1704.

Felipe V ordenó concentrar un ejército de 9.000 españoles y 3.000 franceses, al mando del marqués de Villadarias, para recuperar la plaza, pero todo en el fondo dependía nuevamente de los buques franceses, en concreto de la escuadra de 10 navíos y varias fragatas que, al mando de Pointis, había destacado para tal efecto el conde de Tolosa.

Pero Pointis no estuvo a la altura de la ocasión: se metió en Cádiz con su grueso y dejó el bloqueo de Gibraltar encomendado a tres de sus fragatas y varias embarcaciones menores. Resultado: el almirante Leake, destacado con misión contraria por Rooke, apresó o hizo embarrancar las fragatas y metió en la plaza un refuerzo de más de 2.000 hombres, provisiones y pertrechos.

Vuelto a aguas de Gibraltar, Pointis, con 13 navíos franceses y cuatro españoles, apresó seguidamente seis transportes enemigos, con lo que cobró nuevos ánimos. Pero no se le ocurrió sino dividir su fuerza, quedándose sólo con cinco navíos, entre ellos su insignia, el poderoso tres puentes de 86 cañones *Lys* sobre Punta Carnero. Allí le sorprendió Leake con 23 buques el 17 de marzo de 1705, con el resultado inevitable de que fueran tres navíos franceses apresados, y el buque insignia y el restante embarrancados y quemados por sus dotaciones en la costa de Marbella.

Aquello significó además la llegada de otros 4.000 hombres de refuerzo para la plaza y los consiguientes pertrechos, víveres y municiones, con lo que, perdidas todas las esperanzas de rendirla, al poco el asedio se convirtió en simple bloqueo.

Así se perdieron las primeras y mejores oportunidades de recuperar la plaza, cuando los ingleses aún no habían podido hacerse fuertes en ella.

Lo demás es ya historia sabida, incluso la del «Gran Sitio» y las tan famosas como malhadadas baterías flotantes, después, años de paz y amistad con Inglaterra, que sólo sirvieron para que, aduciendo diversas necesidades humanitarias, fueran corriendo la «verja» por el istmo en detrimento de nuestro territorio nacional, en los terrenos donde ahora está el aeropuerto de la colonia y que significan un nuevo expolio aún menos justificable que el primero de 1704, que, en puridad, se refería sólo a la plaza.

Como recordará el lector, en aquella guerra y con parecidos argumentos, también se apoderó Inglaterra de Menorca, pero esto tuvo cumplida solución por la Paz de Amiens de 1802, como conmemoramos hace dos años. Gibraltar, sin embargo, aún espera inconcebiblemente una solución entre dos países que llevan muchos años no siendo sólo amigos, sino incluso aliados.

